

demia de la Historia con dos propósitos: el de intentar exponer un importantísimo descubrimiento arqueológico, y mi afanoso deseo por atestiguar con hechos mi gran amor y mi igual gratitud á la Academia, que me ha honrado tan extraordinariamente admitiéndome en su Instituto como Correspondiente. A esos ambos sentimientos míos no hallo otra prueba sino trabajar y trabajar, y de esta labor traigo hoy una muestra con leve estudio sobre el simbolizado monte Peñalba, después de minuciosísima y trabajosa exploración en aquellas agrestes soledades.

Tanto y tanto trabajaron los sabios modernos sobre las obras históricas y geográficas de los antiguos, que ya en estos libros paréceme que poco más puede aprenderse á lo transcrito, analizado, entendido y expurgado por la época nuestra sobre la admirable labor de la antigüedad, y si á algunos extremos no se llegó, si algunos episodios quedan entre las brumas, si aun se cuentan cifras sin aritmética, letras sin justo encaje, hechos sin determinación, lugares sin asiento, lecturas sin traducción y cecas sin emplazamiento, para acertar cualquiera de esos jeroglíficos y resolver cualquiera de esas dudas se necesita ciencia tan inmensa que á su altura para alcanzarla si no me anima la esperanza aún para el porvenir, ¿cómo pretenderla con mis escasas dotes y mi corta edad?

Pero tengo por cierto que hay un camino seguro, permítaseme decir que tal vez el más seguro para servir hoy á la historia y geografía antiguas, y este es el de la excavación. ¡Qué pocas de esas dudas que antes enumeré no tendrán las respuestas terminantes bajo la tierra que pisamos, entre los bosques que recorreremos, en las cuevas que aún no interrumpieron su nocturnidad, en los peñascos que no vieran más hombres que los analfabetos pastores, en los secos cauces de accidentales torrentes, hasta en las tradicionales canciones con que alegra su camino la saltadora joven que va á la fuente en el emboscado pueblecillo de tierra adentro, ¡tierra muy adentro! En todas estas afirmaciones pensando me lancé desde algún tiempo hace á recorrer los campos, á excavar los indicios de viejos cimientos, á escudriñar las peñas, buscando por doquier soluciones ó, mejor, novedades

históricas ó arqueológicas, siempre atento á los libros, pero llamando, pidiendo el éxito á la Naturaleza, y á escudriñarla y recorrerla arqueológicamente á ella me he entregado, porque, al fin, ésta, como Madre, parece me cogió de la mano para guiar mis pasos, aliviando mis tropezones; y permita Dios que sea para conducirme á un punto desde donde se contemplen horizontes de éxito, para que mi Madre, la Madre que me dió el sér, mi amadísima Madre, logre la satisfacción y el consuelo de que lleguen hasta su modesto hogar de Calaceite las ennobecedoras noticias de que su hijo haya logrado todas sus aspiraciones; la de servir, aunque en leve punto, á la historia de aquella otra Madre, nuestra Madre común, nuestra maravillosa y amadísima España.

Emprendí, pues la marcha, y, cruzando los yermos, sorprendí indicios de muros que proclamaban ciudades que fueron donde hoy semejan campos de muerte; y excavando las ruinas las arrebaté el secreto de su existencia, como en Calaceite; y, trepando hasta erguidos peñascos para sorprender las primeras figuraciones del arte con los primeros maravillosos trazos del hombre, como en Calatapá, y subí hasta los gigantescos montes para rebuscar entre sus bancales aquellas aspiraciones de nuestros aborígenes con que grabaron sobre las inmutables rocas una salutación para todos los siglos que les prosiguieran; y pues que tales caracteres y tantas figuras é innumerables inscripciones así dejaron, y hallé y descubrí y he copiado de los inmensos bancales que se desarrollan en casi tres kilómetros de extensión contorneando los tres aires de un grandísimo monte, que, irguiéndose en el término de Villastar, va prosiguiendo su escalonada y ascendente sierra hasta Albarracín, siempre en la provincia de Teruel. Y como en aquel comienzo en donde hallé infinito número de inscripciones que, por sus formas, por sus lenguajes y por sus explicaciones, parecen corresponder á tres épocas: ibérica, ibero-romanas y latinas muy arcaicas; y como son innumerables los simbolismos que entre ellos se grabaron, y por su gráfica resultan en sincronismo con las inscripciones, y éstas pudieren esclarecer puntos y hechos de la ibérica historia, tan indeterminada como importantísima, casualmente en aquel país

y en aquellos tiempos, me decido á publicarlas, dejando por completo la interpretación epigráfica con su estudio al sabio epigrafista, arqueólogo é historiador M. R. P. Fidel Fita.

Antes de entrar en detalladas descripciones creo conveniente dar una ligera idea de la formación geológica del monte.

Pertenece á la grandiosa época terciaria en su desarrollo miocénico, siempre tan interesante, y aún mucho más con la sola suposición de los célebres exploradores Bourgois, en Thenay; Ribeiro, en Otta; sin apenas ya recordar las de Capellini en Balenóptera, y Ragazzoni en Castenédolo; todas tendiendo á rebuscar la existencia del hombre en la época terciaria, suposiciones desechadas hasta el día por los informes luminosísimos de Delgado, Mortillet y Topinard, con los de muchos otros eminentes antropólogos, á los que intenta cerrar el paso definitivamente el célebre Lapparent con sus decisivas consecuencias, extremándolas con las de Dawkins, que observa no haberse completado aún en dicho período el desarrollo de los reinos vegetal y animal, así que resultase un extraordinario anacronismo la aparición entonces del hombre, ya que éste es el coronamiento del mundo orgánico.

Aquellas exuberantes espléndidas é incomparables fauna y vegetación miocénicas, se manifestaron en todas sus maravillas cuando los relieves definitivos de los grandes montes y hasta de los Pirineos, aunque la montaña que voy á describir quedase aún sumergida en el lago miocénico que inundó todo este país, de lo cual quedan las evidencias en sus capas superiores, ya de régimen ó formación lacustre, como la célebre de Concud, que corresponde á la misma región, y es tan universalmente conocida por sus innúmeras fosilizaciones de los animales de tal época, elefantes, mastodontes, dinoterios y otros grandes mamíferos, aunque los más abundantes sean los del extinguido precursor del caballo, el Hipparion; y los herbívoros, ya en grandes manadas, ciervos, antílopes y jirafas (camelopardalis), y aun la rareza de la hiena; como en el inmediato pueblo de Libros, entre sus fosilizaciones la singularidad única de que los moluscos, tales que las Paludinas y Planorbis se convirtiesen en azufre; y si traigo al re-

cuerdo muchos de estos datos, es por la relación que pudiera hallarse con las singularidades gráficas, que describiré, del monte en que me voy á ocupar. Llámase en el país, «La Cantera de Peñalba», porque de sus inferiores bancales de caliza, aún soterrados, extraen de antiguo y aún en el día, sillarejos de piedra, tan fácil á la labra como segura para las construcciones.

Como al principio dije, persuadido de que sea tal vez hoy el más poderoso elemento para esclarecer la historia de la gran antigüedad, ya las excavaciones, ya el avisado recorrer por los campos históricos, y todas las divisiones naturales de los terrenos que tal vez sirvieran para detener en sus isleos las razas emigrantes, y así sostuvieran en nuestra patria tan extraordinario número de independientes pueblos, que aun en mi provincia de Teruel, en la del país que describo, además de la parte que le correspondía de Lobetanos y Edetanos, aún encerraba en su seno tribus tan diferentes como los Velliones, los Lusones, los Turboletas, y no fuere extraño que, según Avieno, comenzaran en ella los más que ningunos otros agrestes, Bebrices y Beribraces, á los que, desde este punto al Jalón, ha buscado situación, rastro y hasta personalidad, costumbres y teogonía, el Sr. Marqués de Cerralbo, en su notable estudio arqueológico sobre El Alto Jalón.

Y llegando ya á detallar la situación y el monte mismo, diré:

La cantera de Peñalba radica en el término municipal de Villastar, provincia de Teruel, lindando ya con el de Vilel, pues por el Noroeste sirve de divisoria á ambos términos. Y dista tan sólo Villastar de la capital de la provincia ocho kilómetros, y cuatro de la cantera.

Para ir á visitarla seguiremos el cauce del río Turia, engrosado por el Alfambra, y no abandonando la carretera que parte de Teruel para Cuenca y que va bordeando la margen derecha del río, lograremos antes de llegar al kilómetro doce de la misma, dar con la falda del monte de Peñalba, cuya cima está coronada por la cantera, de nivea blancura y de proporciones gigantescas; y debido á estas circunstancias se la denomina con tal nombre.

Que la cantera de Villastar la tendrían en mucha estima varias

generaciones anteriores á la era cristiana, no lo dudo; y prueba de ello son las enigmáticas manifestaciones grabadas sobre las piedras de Peñalba, de generaciones y pueblos distintos.

Cabe creer, si sería un sitio religioso y á la vez militar; en lo más alto del monte no bajará de 940 metros su nivel sobre el mar y de unos 840 en el cauce del Turia en el célebre estrecho de Villel, puerta infranqueable á cualquier pueblo invasor que desembarcando en las costas del Mediterráneo intentara internarse remontando las corrientes del Turia, lo que fuera imposible con muy poca gente contraria que sentara sus reales en el monte Peñalba. Sus vistas panorámicas no pueden ser más deliciosas, y cuenta con sorprendentes defensas naturales, formadas de un muro de rocas gigantescas, cortadas bruscamente y en zigzag siempre, se extienden de Norte á Mediodía abarcando un perímetro de más de tres kilómetros, para finalizar por el Occidente sepultándose bajo tierra. Dicho muro cuenta en su recinto con una extensa y dilatada planicie en la que se cosechan cereales y frutos de la vid, con dos prominentes atalayas en el centro, semejantes á dos grandes túmulos, obra todo de la naturaleza.

Difícilmente se hallará, con lo dicho, punto más estratégico é importante para aquellas gentes tan de sí belicosas, pues si bien á Occidente el banco rocoso acaba por desaparecer, por el Norte y Mediodía un acantilado de rocas de veinte y más metros de altura hacen casi del todo punto imposible un golpe audaz. En ese acantilado hállanse las innumerables inscripciones, multitud de figuras humanas y de animales y simbolismos que describiré.

He observado, que desde Teruel á Villel, siguiendo el curso del Turia, el desarrollo no pequeño de las últimas capas en las cimas de los montes (de arcilla) de calizas lacustres y de yeso, y por efecto de la retracción de la materia primero y de la ulterior descomposición se presentan en enormes prismas muy desarrollados, con una terminación de caliza en forma de cintos. Ya tenemos apuntado con esto la composición (caliza yeso) de la piedra de la cantera de Peñalba; piedra de naturaleza sumamente blanda que basta un sencillo buril ó sílice para labrar sobre ella

cual si fuese materia cerosa. Hay que convenir que dicha cualidad unida á la extremada blancura de la caliza puesta á la luz por el instrumento punzante, contribuyeron en alto grado á avivar la imaginación de nuestros ascendientes y á interpretar gráficamente el modo de sentir de los mismos, tan poco dados á ello, á juzgar por lo muy poco que se les encuentra hasta el presente.

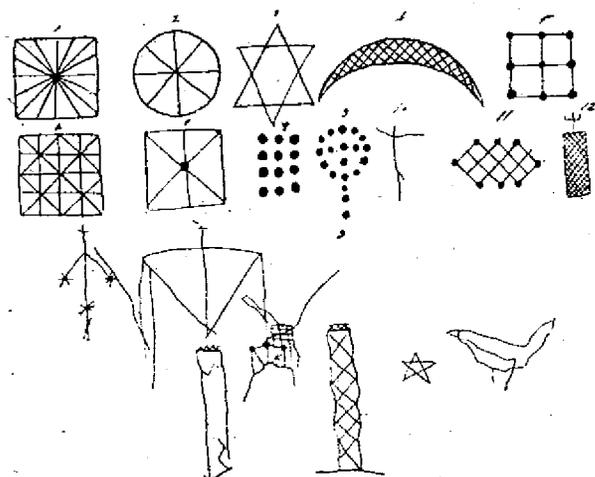
Utilizando como gran medio de expresión el grabado, ya se trazase con mano tímida y poco enérgica, ya vigorosa y ya, por último, suave, dejando, sin embargo, los rasgos bien definidos y correctísimos. De la pintura no pudieron hacer uso por convenirse de que no perduraban en las rocas calizas y de yeso, pero de su conocimiento me consta. No se entretenían en preparar ó pulimentar la parte de roca destinada de antemano; ni del sitio, sin embargo, por regla general, se preocupaban de que los grabados pudieran estar bajo cubierto aunque tan solo fuera bajo la sombra del saliente de otra peña superior. Pero esto como práctica general no sin alguna excepción lo observaban.

Hoy día vemos los grabados á alturas distintas, según el sitio del peñón; á veces no llegamos apenas á distinguirlos, tan elevados están, otras los contemplamos á flor del suelo y debajo de él también los desenterramos. Para mí no es otra cosa sino que las aguas han arrastrado ó acumulado tierra sobre los pavimentos antiguos y llego á convencerme de que parte del monumento epigráfico está sepultado, fuera de la vista del visitante, por las razones antes indicadas. Se comprende perfectamente, los grabados partían del suelo hasta donde alcanzara el hombre, y como el nivel del piso de ahora no es ya el mismo, muchos signos han desaparecido.

Voy á entrar de lleno ya, con estos antecedentes, á bosquejar rápidamente algunos de los grabados con un orden sucesivo, partiendo de la parte más cercana á Villel, ó sea de su Noroeste.

En una no profunda cueva de unos tres metros de extensión se ven varios grabados de figuras geométricas y de estilizaciones humanas. (Vista general de la cantera núm. I; véase lámina I.^a, números I, 2, 3, 6 y 10.) Los grabados aparecen indistintamente, ya en las paredes, ya en el techo.

Se me objetará muy probablemente que tales muestras obedecen al capricho de un pastor ó de un despreocupado; no las



Núm. 1.

tengo por tales, pues he llegado á abrigar la convicción que obedecen á fines aún desconocidos para nosotros.

Una vez que hayamos dado la vuelta á este lado de la cantera nos encontraremos en primer lugar á altura mayor que la del hombre, una figura humana, ídolo tal vez tallada sobre la misma roca. (Véase grabado

núm. 2 y fotografía correspondiente á su numeración.)

No guarda relación la cabeza al resto del cuerpo, de tal modo medí éste como aquélla. Unas meras líneas rectas marcan los ojos, nariz y boca, y otras tantas para las extremidades; los brazos, en cruz, se grabaron sobre una superficie pulimentada *ad hoc*. Las medidas de la cabeza son unos diez centímetros, y es de relieve, mientras el resto humano es solamente grabado.

Para ambos lados del ídolo parte una inscripción con caracteres de veinte centímetros de altura, y los hay aún mayores.

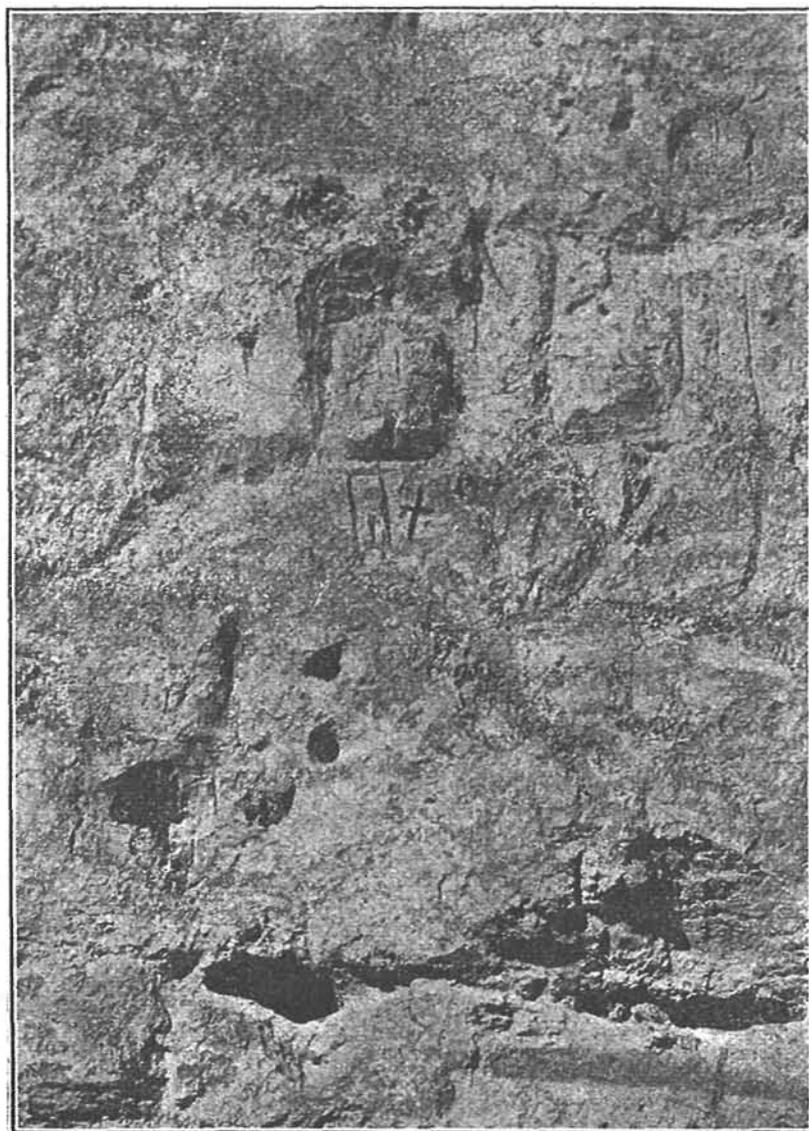
No debo olvidar unas oquedades hechas por el hombre á mano derecha é izquierda del relieve, sin duda alguna para poder trepar por ellos hasta que consiguieran posar la cabeza del ser viviente sobre la del ídolo.

Como en la presente publicación no ha sido posible incluir los muchísimos dibujos y fotografías que hice del monte Peñalba, y que con esta memoria explicativa entregué á la Academia de la Historia en su sesión de 24 de este Marzo, lo advierto al lector, para que no extrañe si algunas veces no halla aquí las fotografías é inscripciones á que hace referencia el texto.

Andados unos cuantos metros del lugar anterior en la evolución que forman las rocas empiezan á desarrollarse ya con más amplitud las composiciones, sobre todo geométricas, alternando

con alguna que otra figura humana, de animales é inscripciones. (Véase grabado núm. 3).

Una inscripción ocupa el sitio más elevado de la composición: luego, debajo, sin fin de figuras geométricas, entre ellas las de

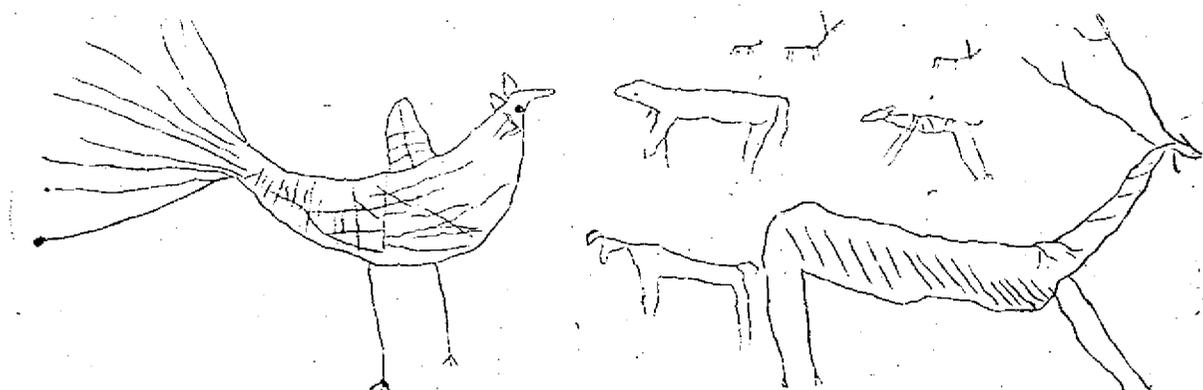


Núm. 2.—Ídolo principal, tallada la cabeza; la cara y el cuerpo grabados en el ángulo más saliente del monte determinado con el núm. 2 en la vista general.

la lámina I.^a, números I, 2, 3, 4, etc., etc., con todo el grupo núm. 13 de la lámina citada.

Se suceden poco á poco más y más figuras de animales, predominando las aves, y de éstas los gallos, en actitudes erguidas, colocados de frente como si fueran á reñir (lámina 3.^a). Muchas he visto, fotografiado y copiado, y parten desde el suelo casi hasta regular elevación. Al lado derecho, y ya en alto,

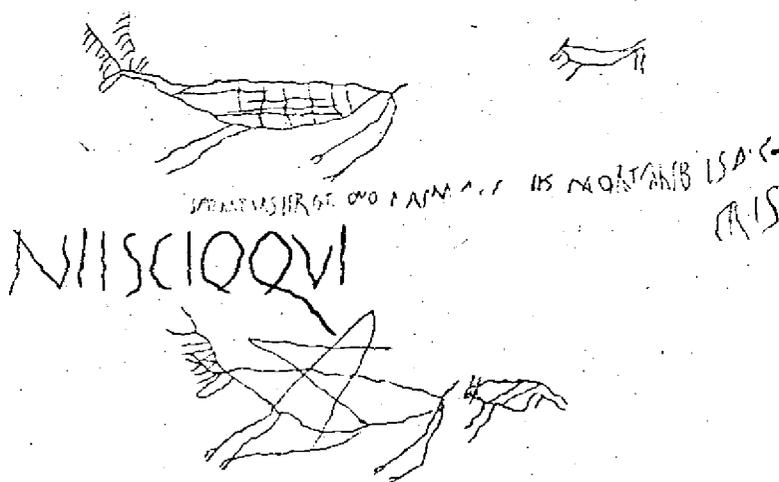
un ciervo corre y otro pequeño le sigue, y muy cerca un be-
rraco levanta la cabeza. Pero no sólo las composiciones de tra-



Núm. 3.

Núm. 3.

zos geométricos obtenidos á línea simple admiramos en este
lugar, sino que también abundan ya las de cazoleta ó de escri-



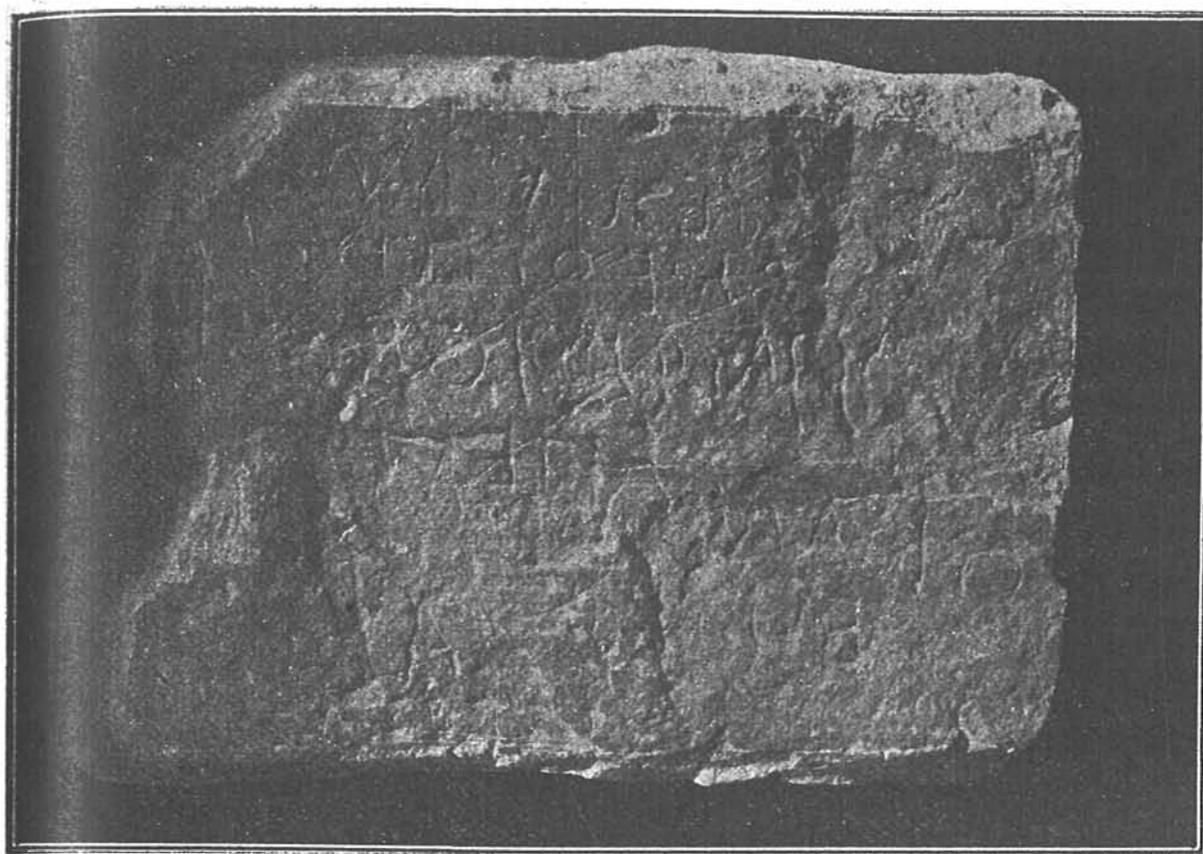
Núm. 5.

tura hemisférica ú ógmica, en forma de cruces de un solo brazo
ó de varios, ó en la de círculos, etc., etc.



Núm. 7.

A poca distancia se halla la inscripción núm. 5 (véase grabado 5), que mide 0,55, de caracteres pequeños é indígenas, y



Núm. 8.



Núm. 8.

bajo de ésta otra de 0,28 × 0,06 m., latina, aún más abajo dos ciervos en vertiginosa carrera, seguidos también de otros dos cervatos pequeños, y varios no menos interesantes grabados. Pero antes (en el núm. 4 de la vista general) puede verse otra inscripción.

Para mayor claridad de la inscripción fotográfica núm. 8, publico debajo el dibujo que para interpretarla hice, ateniéndome estrictamente á lo que resulta grabado en la roca.

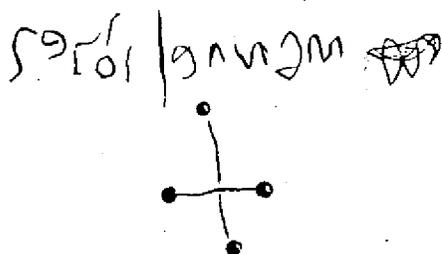
A continuación de las dos anteriores á ésta, en medio de varias figuras más, varios ibéricos caracteres (vista general número 6).

Se ve después en el abrigo de unas rocas la estelización de una figura humana que le acometen dos fieras, de las que se defiende con un arco, y entre las líneas que sirven para interpretar el asunto una inscripción (vista general núm. 7, lámina 7.^a).

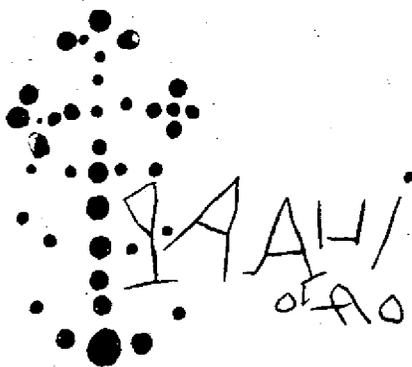
Alejándose unos veinte metros, dos inscripciones llaman altamente la atención: la primera consta de cuatro letras, la segunda cuenta cinco líneas con caracteres latinos arcaicos; les acompañan varias combinaciones geométricas (lámina 8, vista general núm. 8).

Lo que le sucede después es en el hueco ó rehundido de una peña un cuadro de miles de líneas, de las que difícilmente puede formarse idea cabal de su significado, tal es el número y su confusión (vista general núm. 9).

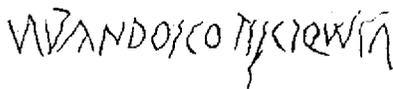
Siguen dos inscripciones con varias cruces de cazoletas en un rincón de unas peñas; una de las inscripciones colocada está en



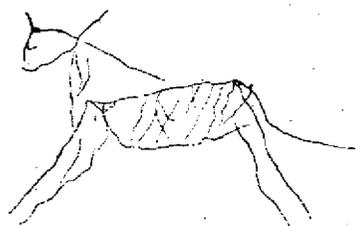
Núm. 10.



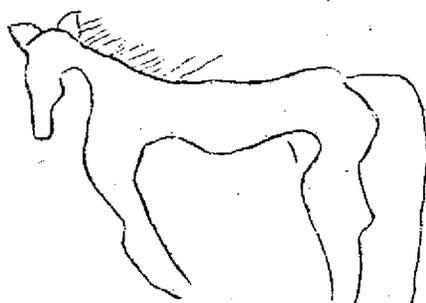
Núm. 10.



Núm. 15.



Núm. 12 bis.



Núm. 12.

lo más alto á mano izquierda; tiene al finalizar la lectura un dibujo como si fuera un ave, y debajo una cruz distinta de las de su alrededor, pues así como las otras son de cazoletas y de varios brazos, ésta es de línea y de cuatro brazos iguales, terminados con otras tantas cazoletas; la inscripción compañera hállase en el centro rodeada de cruces (vista general núm. 10, lámina 10).

Ibérica inscripción, ciervos diminutos y figuras geométricas siguen (vista general núm. 11).

Me extrañaba altamente que no apareciera un caballo grabado, siendo así que aquellas tribus lo empleaban como motivo ornamental y simbólico en casi todas sus monedas, en estelas, *pondus*, etc., etc.; no tarde me convencí de su existencia en las rocas de Peñalba, aunque no en número de consideración. Distinguese, por sus trazos característicos, profundos y salientes, el que tengo la satisfacción de presentar (lámina 12, en la vista número 12). Composiciones ógmicas no escasean, y geométricas también. Sobre el caballo vese un cuadrilátero con las diagonales en su interior; siguiendo la línea horizontal del caballo, á mano izquierda, dentro de un círculo, se ha representado un animal corriendo (lámina 12 bis), y por encima de ambas figuras extiéndese una inscripción (lámina 15).

Ya, por último, llégase, sin abandonar el pie de la cantera, á un lugar en el que hace poco se ha levantado un mísero corral para encerrar ganado de lana; cubren el edificio unos sencillos maderos, apoyados en modernas paredes, y sobre la peña en unos agujeros abiertos en ella, recubriendo los palos un tupido velo de ramaje. Es el sitio de más interés para el estudio de la cantera por muchas y poderosas razones. Junto á la puerta de la cabaña distinguese perfectamente, entre los borrosos dibujos rellenos de barro por el arrastre de las aguas, cuya limpieza es indispensable, dos inscripciones (lámina 13 bis); la 1.^a está alta, la 2.^a no tanto, junto á una ave acuática (lámina 13 tercia) y al ídolo de dos cabezas (lámina 13 cuarta).

En el interior citaré los dibujos más culminantes: figura un cervatillo; ídem un perro ó conejo corriendo (lámina 3, núm. 3);

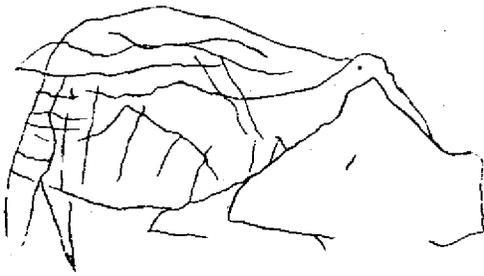
ídem de un caballo ó jirafa; ídem humanas con los brazos en cruz, vestidos con sayal (lámina 13 quinta); inscripción (lámi-

AGHIS ANMMV

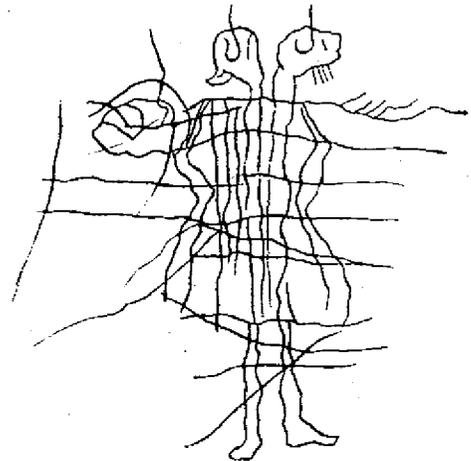
Núm. 13.

AGHIS ANMMV

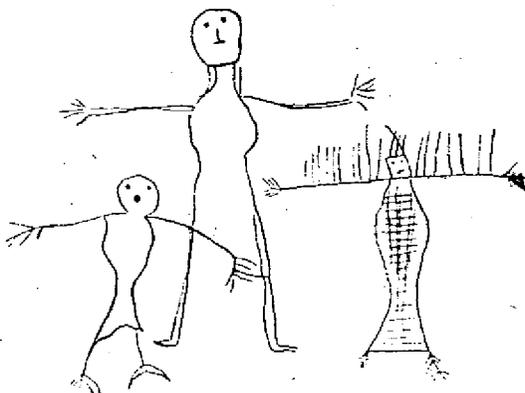
Núm 13 bis.



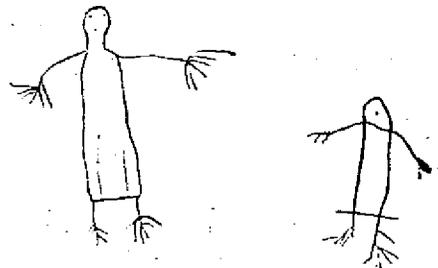
Núm. 13 terciá.



Núm. 13 cuarta.



Núm. 13 séptima.



Núm. 13 quinta.

AGHIS ANMMV

Núm. 13 octava.

na 13 sexta); ídem sobre la que precede, á la izquierda de una figura con los brazos al parecer de mujer (lámina 13 séptima); muchas más inscripciones que no he copiado todavía, aún más

elevadas; inscripción, junto á un ídolo, á una escalera de pa-
los, etc., etc. (fotografía 13 octava, vista general núm. 13).

A partir de este monumento, escasean las figuras geométricas,
faltan las humanas, pero se multiplican las inscripciones; así
puede verse lo primero en el punto señalado con el núm. 14, lo
segundo en el 15, donde sorprende una inscripción de siete
líneas sobre un cuervo corriendo, junto al nivel del suelo (fo-
tografía núm. 25); en el 16, con grabados geométricos, ins-
cripciones y dibujo de una ave rara del mismo estilo de las an-
teriores por el gran vuelo de su forma y cola, y lo tercero, en
los 17 y 18, que tan sólo tienen tres inscripciones sin dibujo al-
guno; la del núm. 17 es de grabado fuerte, hondo y bien con-
servado, á pesar de estar expuesta á las inclemencias del tiem-
po, descubierta en una esquina de una roca; inmediatamente la
cantera presenta una cuevecilla, y en ella las dos del núm. 18
(de ellas no presento fotografía), sobre superficie pulimentada,
y á tres metros de distancia (lámina 28), en una de las delgadas
cintas de la calicia; esta última llama la atención por lo bien
conservada que está, por lo diminuto de sus rasgos y finamente
grabados.

Vista general, núm. 19, inscripción creída por ibérica.

Id. íd., núm. 20, varias inscripciones.

Los caracteres de las tres primeras líneas son mucho mayores
que los de las inferiores; éstos miden de uno á dos centímetros
de altura, aquéllos exceden bastante de cinco centímetros.

Distínguense algunos signos más al lado de las inscripciones.

Idem íd. íd. 21, una inscripción solamente que consta de cua-
tro líneas (núm. 21).

Idem íd. íd. 22, forman una pequeña cueva las peñas, y en
ella se ve en un saliente una faja inscrita, de un metro cincuenta
de largo (núm. 22 bis, tercia).

Idem íd. íd. 23, inscripción y algún dibujo de cervatillo y geo-
métrico.

Idem íd. íd. 24, existe otra pequeña cueva: fuera de ella apa-
rece un grabado que representa un arco con su flecha y cu-
riosos dibujos (lámina 24): en el interior, un grabado de un be-



Núm. 13 sexta.

8 TVRROS TVR'OS

Núm. 13 sexta.—Dibujo detallado de la fotografía anterior.



Núm. 25.

rraco, con inscripción borrosa en el dorso y tres inscripciones más: la última tiene un caballo grabado debajo (láminas 24 bis, tercia, cuarta).

Núm. 22.

Idem, íd. íd. 25, inscripción y círculo con grabado (láminas 25 y 25 bis).

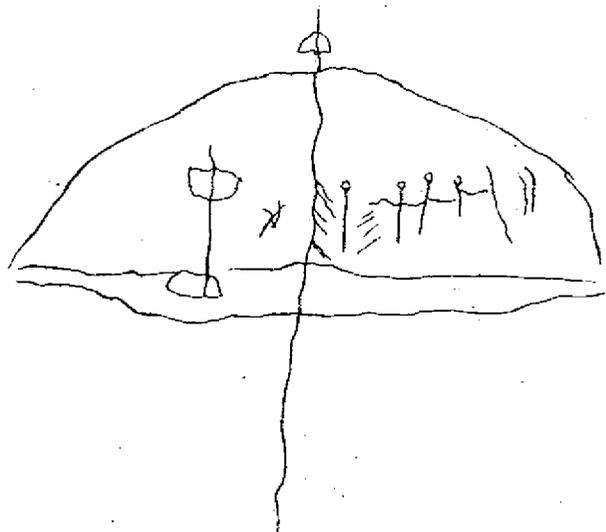
Creo no daría por terminada nunca mi misión de relatar cuan-

Núm. 22.

to en la cantera se grabó si me propusiera á hacerlo: y tan solo he indicado lo que á mi poco entender creía útil: otros más sabios sabrán continuar mi tarea con más felicidad y acierto.

Núm. 21.

Terminada la minuciosa y exacta descripción del monte Peñalba, no puedo sustraerme á consignar algo de la profundísima impresión que me produjeron su hallazgo, su recorrido, su contemplación y su estudio; pues desde que en mi afanosa rebusca



Núm. 24.

Ἰσχυροὶ ἄνθρωποι ἐπιπέφυτοι
 οἱ ἀποκαταστάσαντες

Ἰσχυροὶ ἄνθρωποι ἐπιπέφυτοι
 οἱ ἀποκαταστάσαντες

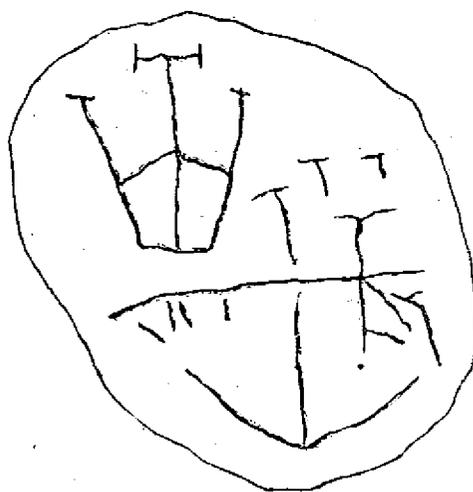
Núm. 24 tertia.

Inscripciones.

Núm. 24 cuarta.



Núm. 24 bis.



Núm. 25.



Núm. 25 bis.

de manifestaciones y datos arqueológicos desconocidos y olvidados, recorrí los pueblos, valles, montes y sierras de la escabrosa y desatendida provincia de Teruel fué una de las más hondas impresiones que sentí, pues á nada menos tal hallazgo me alucinaba, sino á creer que hube descubierto algo de excepcional importancia epigráfica que pudiera dar en aciertos filológicos primitivos, si es que no se remontaban á tanto como fueren las deducciones más ciertas de los ibéricos lenguaje y escritura, pues hasta el día no se hallaron sino escasas, breves y aisladas inscripciones ibéricas, y en el monte que he descubierto se cuentan por centenares, mezcladas con muchas latinas arcaicas, con algunas que me parece son púnicas, y otras griegas. Y de esta excepcionalísima interpolación de escritos, de lenguajes, de caracteres y de símbolos me he ilusionado á sospechar si fuere una asemejada Roseta del iberismo el monte escrito y simbólico de Peñalba, que, por su huella de grabado, la coloración de los tiempos y el desarrollo de figuraciones y leyendas, sin entremezclarse ni sobreponerse jamás, atestiguan un sincronismo, que no deja de serlo porque se contasen algunos lustros entre aquéllos, cuando se trata de un monumento arqueológico que pudiere remontarse á no menos de veintidós siglos. Luego si tal monte fué escrito en una sola época por hombres de razas, naciones, lenguas y letras diferentes que allí se congregaban movidos, sin duda, por una común acción política, guerrera ó religiosa no sería desacierto pensar que se repitiesen los sentimientos ó los elogios, ó las conmemoraciones ó las ofrendas, ó los nombres ó las batallas, ó los Dioses en sus letreros. Queden á los sabios epigrafistas y filólogos estos difícilísimos y superiores estudios, y quede para mí la esperanza de que ellos logren el esplendoroso triunfo sobre el secreto del iberismo.

Sin más explicaciones, pareciera inadmisibile mi indicación anterior de que en Peñalba se congregasen diversas gentes de hasta discordes razas, y á la verdad, debiera tal vez decir desde el comienzo, que tal monte se hallaba en la casi frontera de naciones como eran los saguntinos, que partían desde aquel país hasta

el mar, y los celtíberos, que allí llegaban; pero el territorio de Peñalba era inmediato límite entre los saguntinos y los turboletas que aún siendo celtíberos, tantas y tan importantes veces manifiestan en la historia su independencia, como su bravura y su odio á los saguntinos.

Asegúrase que fué Sagunto fundada por los griegos zacyntos, pero lo más probable es, que á semejanza de los griegos de Emporias, se establecieron en poblado ibérico, y su colonización fuese á la manera emporitana, que así sus monedas tienen sumo parecido. Algunos siglos después llegaron á Sagunto latinos de Ardea, estableciéndose en conciudadanía con los griegos, y á esa convivencia debióse la excepción de tal territorio al asignarse la Iberia hasta el Ebro á los cartagineses, menos el territorio saguntino, en el tratado de Roma y Cartago de 528, según Polibio. Luego tenemos el monte Peñalba en un país generalmente ibérico, ó entonces, hacia 200 años antes de J. C., celtíbero, pues que está en la caída occidental del Idubeda, llegan hasta aquél los griegos zacyntos y los rútuos de Ardea, y los cartagineses, por la estrechísima alianza de los turboletas con Aníbal. De modo que era imprescindible fuese visitadísimo el monte por iberos, griegos, latinos y cartagineses, no sólo como inmediatas fronteras sino por hallarse en el camino guerrero para la entonces tan combatida Túrbula ó Teruel. Todo lo cual me sirve de explicación para la variedad tan grande en las escrituras de las inscripciones, dejando así explicada aquella ilusión de que éstas llegasen á ser la Roseta del iberismo, y mal llamo ilusión á lo que se me aparece como esperanza, pues hallándose sin determinar aún la reducción de los caracteres ibéricos á los de alfabetos conocidos toda interpretación de las inscripciones ibérica, resultan tan solo conjeturales y sería adelanto inmenso el de fijar definitivamente el valor y equivalencia de cada signo y esto es ya muy probable que se logre por los letreros del monte Peñalba, pues son bastantes las latinas que aparecen escritas con caracteres sumamente arcaicos y entremezclando letras ibéricas, como lo demostrará terminantemente el R. P. Fidel Fita en el estudio que está preparando de todas estas inscripciones; y por

citar aquí un ejemplo, propondré el de la palabra *Calaitos*, terminación del más arcaico latín, y letras como la X que, siendo ibérica, suena *o* y suele hasta ahora mal interpretarse por *k*.

Y este *Calaitos* puede significar *Celta*, si no se remontaba á tanto, como que la colonia griega de Sagunto hubiere recordado en el monte Peñalba, por tal inscripción, varias veces repetida, á aquel descubridor para Grecia del extremo Mediterráneo al llegar tal vez á la costa de Sagunto, el que Heródoto llama Calaios en la nave de Samos, arrojada al Oeste por deshecha tempestad.

Y ya en el camino de las hipótesis, voy á aventurarme á iniciar algunas que me sugirió la contemplación y examen de todo aquel inmenso exorno de la montaña, buscando varias respuestas á las preguntas que me hacía, y que sólo como impresiones de un viajero amante de la arqueología española puede escribir mi modesta personalidad, aun aventurándome á que más se manifiesten mis limitaciones científicas; pero hasta me parecería no cumplir con mi deber si no comunicase aquí mis ideas, las suposiciones á que tantas veces ayuda el efecto, sobre el ánimo, de algo que nos impresiona como extraordinario.

Lo primero que se ocurre ante Peñalba es preguntarse el por qué de todo aquello en tal montaña, y no me negaría á aceptar por respuesta el que hubiera sido un monte sagrado, que no pocos lo eran en aquellos tiempos y en todos los países.

Llegando los fenicios á España mucho antes que los griegos y habiendo traído el culto á Hércules, no debemos olvidar lo dados que eran á personificar á sus dioses en montañas, como la célebre de Leignia, en el Líbano, y la de Afka, lugar el más sagrado de la Siria; y de ese culto á los divinizados montes inventaron los *betylos*. Infinitas fueron en Europa las montañas sagradas que, por no alargar este trabajo suprimimos consignar, aunque tratándose aquí de cuestiones arqueológicas, pugna por escapársenos de la pluma el monte sagrado de Ida, en Creta, por los curiosísimos hallazgos en él, remontándose nada menos que á la época premicéniana, á la que sabios de tan extraordinaria autoridad, como F. Halbherr y A. Evans, denominan minoscena; mas

debiéndonos contraer á España, recordaremos el celeberrimo de Gades, dedicado á Melkart; entre los indigetes ó emporitanos, el Mons Jovis de Mongrú, si no lo fuere también el Montjuich, de Barcelona; así el prodigioso equino Mons Tagrus de Varrón; tal vez el Artabro, de Plinio, que hasta le daba por divisor de los cielos al separarse en él el Norte del Occidente, y su representación consagrada bien se advierte al llamarle Columela el monte Sacro; Mons Argenteus llama Estrabón á aquel histórico, que hoy se denomina la Sagra, tal vez consagrado á la Luna, como lo era la plata, y el otro monte Argénteo que consigna Aristóteles, y en el cual decían nacer el Nilo, tomando sus datos de Heródoto, y asombra el considerar la verdad inmensa de aquel historiador de cinco siglos antes de J. C., en época de casi imposibles viajes, que las notabilísimas exploraciones actuales del Duque de los Abruzzos hayan comprobado la rigurosísima exactitud del padre de la Historia.

No ha de olvidarse el monte Candamio, en León; ni el Ládico, en Galicia, sobre el Sil, consagrado á un Júpiter que tomó el apelativo de Ládico, conservado en varias inscripciones, y más debemos fijarnos en éste por una singularidad que le hermana con el de Peñalba, pues como junto á aquél se halla el monte Furado, por haberle horadado los romanos para una vía, caso que se repite en el de Albarracín hasta Cella, como en la provincia limítrofe por la Peña Tajada, de Chelva; y no me ocurre mejor para terminar esta sumaria relación de ibéricos montes sagrados, sino citar al que de Galicia llama Justino Mons Sacer, porque no quedaba ya en consagración religiosa tan solo, sino que á tal extremo llegaba la veneración, que aún sabiendo sus célticos vecinos que atesoraba el oro en sus entrañas, nadie se atrevía á dar en él un solo golpe de azada, ni aun arañarle con la reja. Pudo, pues, ser Peñalba un monte sagrado, al que acudieran infinitos romeros antiquísimos, viniendo de tan diversos parajes que escribieran con tan varios caracteres y lenguas sus homenajes y figuraran sus votos.

Pero ya en las hipótesis de rutas exploradoras hacia el misterio, me atrevería á consignar otra, que arrancando de tan arcai-

ca tradición, como que se envejece hasta alcanzar la mitología, indujo á sostener, como Silio Itálico, que Sagunto fuese fundado por Hércules, y los formidables brazos del hijo de Júpiter y Alc-méne (ya que Diodoro arrebató así la paternidad á Amphitrión) construyeron los ciclópeos muros de la heroica ciudad que ya sólo en escombros y cenizas pudo dominar el guerrero incomparable, el púnico Aníbal.

Cuéntase por la mitología, que era afirmarse en las convicciones de los primitivos pueblos, cómo el vengativo é insaciable Eurysthenes impuso á Hércules por uno de sus doce trabajos, y ya era el noveno, pasar á la Iberia y robar los enormes rojos toros al gigante Gerión. Llegó Hércules á la Tartesia, y emprendió la busca del triforme hijo del rey Crisaor y de la ninfa oceánide Calirroe, y cuando llegaba cerca de los célebres toros, sálenle al encuentro el gigante Eurytion, terrible boyero de Gerión, y el feroz perro de dos cabezas Ortos, hermano del infernal Cerbero; mátales de un flechazo Hércules y al pastor de un golpe terrible de su aplastante clava; llega Gerión, seguro de su victoria, pues dábase por invencible é inmortal su incomparable naturaleza de tres cuerpos reunidos en uno desde el vientre, así que tenía dos piernas pero tres cabezas, por lo que no bastaba matar una para rendir al horrible gigante, según detalla Silio Itálico; logra matarle Hércules y robándole los maravillosos toros, debió tomar la costa hasta llegar á la primera colonia griega, que era Sagunto, desde donde trasladarse á Tirinto para ofrecer su codiciada presa á Eurysthenes; en tal parada edificó la ciudad, quedando desde entonces como su tutelar aquel ser maravilloso, que era un hombre sobre la tierra y un Dios en el cielo.

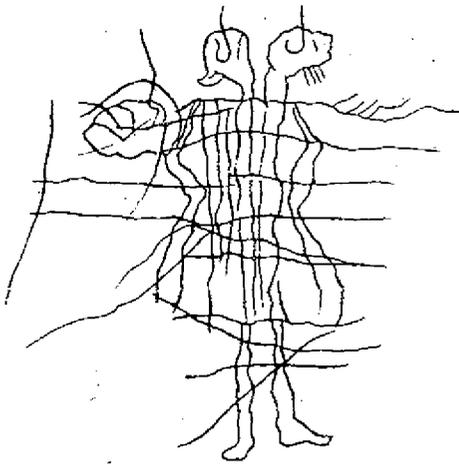
Me he detenido algo en estos recuerdos de la mitología griega y primitiva de España, aunque no sean pocos los que sostienen que los fenicios mucho antes nos trajeron el culto al dios Hércules, que recibieron del Egipto ó la Libia; y aun debo añadir que los legendarios doce trabajos de Hércules es bien conocido que fueron sus victorias sobre el monstruoso león de Nemea de piel invulnerable; la rebrotante en horribles cabezas hidra de los pantanos de la Argólida; la velocísima corza de cuernos de oro

de los bosques de la Arcadia; el feroz jabalí de Erimanto, los sucísimos establos del rey Augías; los armados y férreos cuanto voraces y enormes pájaros de Stinfalo; las valientes é indomables amazonas del Asia Menor, que habría de rendir Hércules; pero es su única empresa humana sin sangre, y que, sin duda, simbolizará la innata galantería viril y el éxito de la mujer sobre el hombre. Hércules no mata á Hipólita ó Melanipia, la reina de las Amazonas; la conduce á Tirinto, y la casa nada menos que con Teseo; la espantosa cuadriga del rey tracio Diomedes, que los alimentaba con carne humana; los ya explicados toros de Gerión, de pezuñas de movimiento espirálico que explica Hesiodo en su *Teogonia*; el inflamado en fuego y devastador toro de Creta; las manzanas de oro de las Hespérides, que con tanto ingenio engaña á Atlas, y con tal galantería logra de las hijas del Titán sin temor á la guardadora horripilante serpiente: y como su último trabajo llega á Ténara, para bajar por su tormentoso cráter á los infiernos, y venciendo allí de todos y de todo, consigue encadenar al Cerbero y libertar á Teseo. El orden dado á estas doce empresas es siguiendo las curiosísimas figuraciones del célebre vaso griego encontrado en la villa Albani, y que reproduce Menard, el más importante monumento que se conoce de la fábula de Gerión; en algunas mitologías no cuentan entre los doce trabajos el de los centauros, que se halla en el vaso citado como el último, donde suprimieron el de las Amazonas que le restituyo por más aceptado, y además porque es muy general tener por el mismo trabajo estos, sino cambiado de sexo, y así dar á la victoria de Hércules, junto al Thermodonte, por idéntica á la alcanzada en el monte Foloe. Me conviene recordar que esto de los centauros no es de muy alta antigüedad, como tampoco la división en doce de los trabajos, que ni Eurípides conoció, pues data desde que considerado Hércules como divinidad solar, se hicieron corresponder las empresas á los signos del zodiaco. Larga digresión ha sido ésta, pero indispensable para la hipótesis que anuncié.

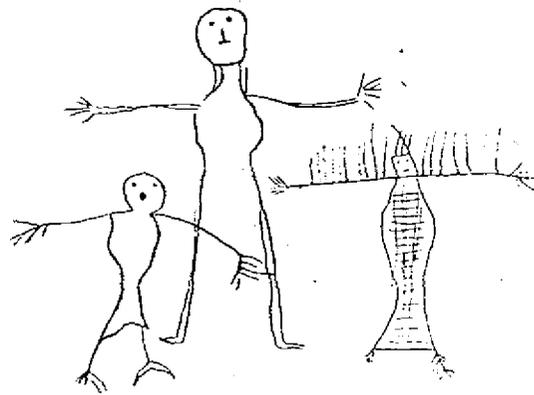
Si por la tradición, aunque sea mitológica, fué Hércules para los primitivos saguntinos el fundador de su ciudad; si casi en el

límite de su territorio se halla el monte Peñalba, y fué tan guerrera como debatida frontera y punto avanzado adonde acudían todos los temores que presagiaba la amenaza devastadora de Aníbal, nada más natural que el monte se consagrara al Dios-hombre, al vencedor de todos los enemigos, al indomable Hércules, y que llegando con sus votos y ofrendas á Peñalba los de Sagunto, formada su población y romería por griegos de Zakynto, latinos primitivos de Ardea, por iberos, que casi constituían la masa de su demarcación, y por algunos fenicios que permanecieron de sus primitivas comerciales colonizaciones, porque fenicios había dentro de la ciudad, que sin duda causaban aquellas disensiones interiores, á que alude Polibio, cuando las refiere como una de las causas de la terrible guerra con que la combatió Aníbal, grabaron sobre todo el monte tanta y tanta inscripción, algunas que parecen griegas, otras, las menos, púnicas, muchas latinas arcaicas, las más iberas, y figuraran recuerdos de los trabajos de Hércules.

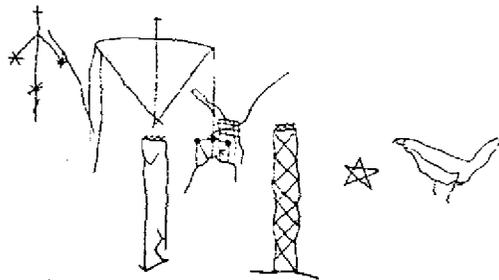
Insistiendo siempre en que el monte Peñalba se yergue en el territorio de los turboletas, gentes extremadamente guerreras y robustas, como dadas á las ganaderías y en un país el más rigurosamente frío de toda España, hacen esta circunstancia y aquellos caracteres más verosímil la dedicación de su monte sagrado al Dios tan primitivo ibérico, al invencible Hércules, que pasó toda su vida guerreando y tan largos años de su más legendaria existencia en busca y rebusca, en conquista y en conducción de ganados, con los que hasta surcó los mares primitivos y recorrió todas sus costas, ya que con tanto afán todos los pueblos ribereños pugnaron por acomodar los hercúleos viajes á que pasaran por las márgenes del Asia, el Africa y la Europa, y sus ciudades debiesen á Hércules ó sus primeras glorias ó sus fundaciones: así Avieno refiere el paso de Hércules por este país, volviendo con los ganados de Gerión, y si los turboletas, por fornidos y guerreros, dedicaran á su Dios Hércules su primitivo templo, el monte Peñalba: por ganaderos más en tal culto, se afirmaran y consignasen su admiración á las maravillosas empresas llamadas sus trabajos, intentando crear un rudimentario



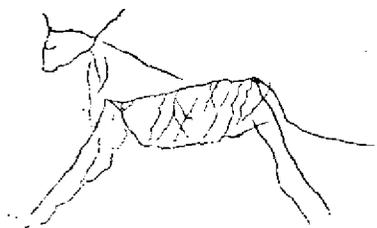
Núm. 1.



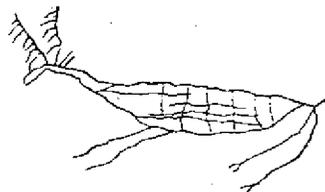
Núm. 4.



Núm. 2.



Núm. 3.

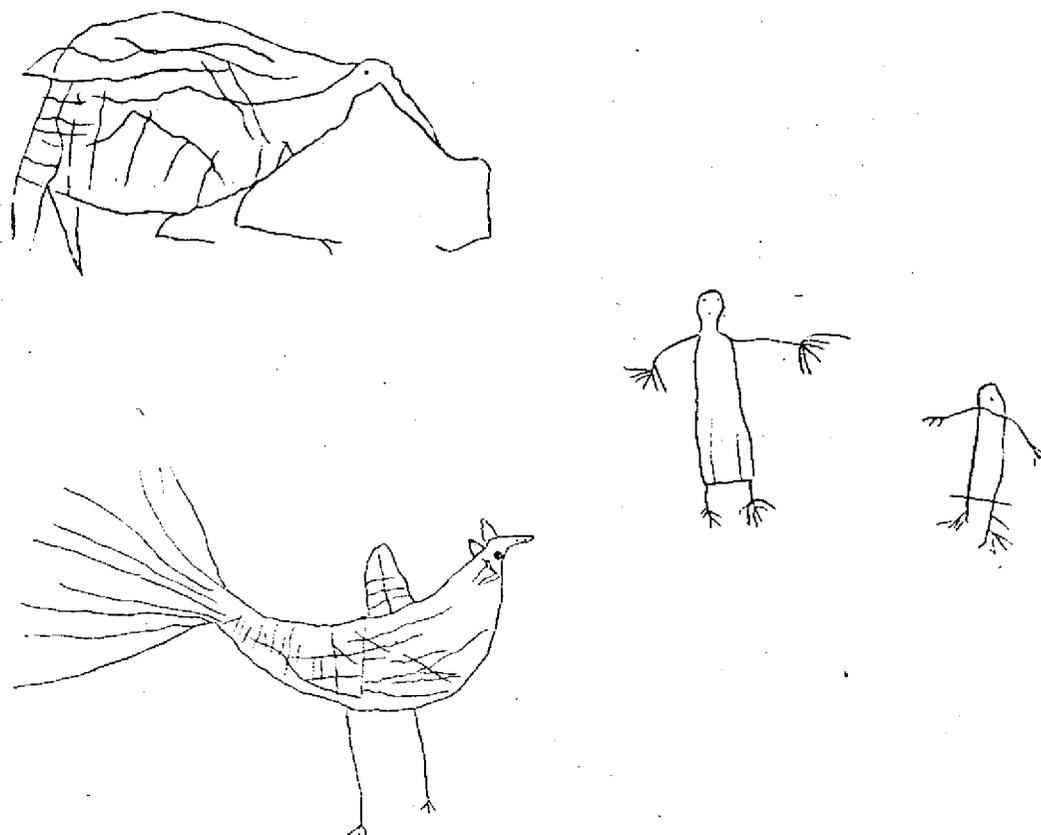


SEÑALAS DE LAS MONTAÑAS
EN LAS

Núm. 5.



Núm. 6.



Núm. 1.

arte con que grabaron en la roca su veneración, pues como ganaderos temían la intensísima crudeza del invierno en aquel país como las siempre avanzadas nieves del otoño y las heladas intempestivas, y sabido es que la mayor parte de los mitógrafos consideran á Hércules como un astro solar, pero el sol del otoño y del invierno, y á los famosos trabajos representando la lucha del sol contra las tempestades, contra los nublados, los huracanes, las neblinas y brumas deletéreas y las tormentas: así Schwartz ve en el rugiente león de Nemea la representación del trueno; Mr. Cox, en la piel de aquel con que se viste perpetuamente Hércules, las pardas y bronceínas nubes que el sol arrastra tras sí al abrirse camino entre ellas.

La Hidra de Lerna, el espantoso dragón de muchas cabezas que destruía las cosechas y los ganados con su emponzoñado aliento, ya explicaba tal lucha y vencimiento Heracleo la mitología védica como el triunfo del sol sobre las cortadas nubes de infinitas y renacientes cabezas.

El terrible jabalí de Erimanto no era sino el monstruo de la tempestad, según Decharme, vencido por el sol; así en el Rig-Veda Rudsa, padre de los vientos, es invocado como un jabalí celeste, y en la mitología del Norte, Wodan, Dios de la tempestad, se acompaña con un jabalí como en el Edda es este animal quien tira del carro de Freyr, que es expresión del viento huracanado.

A los centauros los toman los naturalistas como símbolo de los espíritus de la tempestad que se forma en los más erguidos picachos de la sierra; como en aquellos puntos figúranse reunirse los centauros para bajar á combatir la tierra, pero el sol penetra por entre sus masas enemigas y las desvanece.

En Arcadia figúranse en el lago Stinfalo á las feroces aves de picos y garras metálicas, y con tan largas y durísimas plumas, que truécense en saetas por la instrucción guerrera de Ares: Hércules las vence y ahuyenta como el sol deshace los más terribles nubarrones de los que surgen los rayos.

Fíngese con astas de oro y pies de bronce á la velocísima y creída inalcanzable corza del monte Ménalo, pero Hércules, tras de inmedible carrera, la alcanza y sorprende á la orilla del Ladón, lo que, según Preller, representa á la luna de cuernos de oro que corre sin descanso perseguida por el sol.

Los establos del rey Augías, en que se amontonaba la suciedad de las bestias por largo tiempo y que Hércules limpia en breves horas, no es sino figuración de como el sol, disipando las brumas del invierno, barre y purifica la atmósfera y la tierra.

A Diómedes, el rey de los bárbaros Bistones, poseedor de la feroz cuadriga de yeguas antropófagas que devoraban á cuantos náufragos arrojaba la tormenta á las costas de Tracia, tiénelo los mitógrafos por el rey de la tempestad, y á sus yeguas por los huracanes que, hinchando horriblemente las velas de las naves, y destrozando á éstas, causan los naufragios, Hércules las sujeta, como el sol triunfa y serena los ciclones marinos.

El rey Euristeo, insaciable en imponer á Hércules los trabajos que se considerasen más insuperables ó imposibles, cede al capricho de su hija Admeta, que ambiciona el maravilloso cin-

turón de Hipólita, la Reina de las Amazonas, y que era el signo de su realeza, imponiéndose á Hércules tal conquista: interpretando Schwartz este nuevo mito de las amazonas guerreras como el ejército de nubes airadas, y el cinturón de Hipólita como el arco iris, con que el sol termina la tempestad.

Y concluídos los trabajos de Hércules en Grecia, le impone Euristeo otros fuera de su país y es el primero que acomete en España con la conquista de los ganados de Gerión, el que las mitologías, como la historia fabulosa de España, llegan á darle por nuestro primer rey, que así le intitula Mariana.

Continúa tan docto historiador con las guerras que ocasionara la muerte y destronamiento de Gerión, hasta que restaura en el trono á sus hijos, tres Geriones, y con este número parece la tradición pretendiendo traer á la historia lo que nació en mitología; hechos que si se citan aquí no es para sacarlos de los ensueños de la fábula, sino para apuntar que, habiendo atravesado todos los siglos, dan en prueba ó indicio de que ocuparon lugar en la primitiva teogonía de la Iberia, lo que cumple al propósito de mi hipótesis, que, repito, la formulo como afanoso deseo de explicarme la extraordinaria singularidad gráfica del monte Peñalba, pero aún con más afanoso deseo esperando que los sabios logren decisiva explicación al alcázar ó templo brindado por la naturaleza de la montaña á los ganaderos y guerreadores turboletas, que en sus rocas grabaron indudablemente las misteriosas expresiones de su poder ó de su espíritu.

Que Hércules fué dios principalísimo de los iberos, todo lo asegura; que á Gerión hasta lo endiosaron, es bien creíble, cuando, siendo de nuestro país, llegó hasta venerarse en Italia, y tuvo su oráculo en Padua, tan famoso, que, según Suetonio Tranquilo, iban los príncipes varias veces á visitarle y hasta el mismo Hércules le consagró un monte, según diremos después. Más fácil fuere que por dios-pastor le considerasen los turboletas ganaderos, asociándole á Hércules, y así he sospechado descubrir en Peñalba la representación de Gerión en el grabado núm. I de la pág. 267; la incomparable empresa de separar la Europa del África, construyendo las columnas de Calpe y Abyla, en el grabadito

núm. 2; y sus principales trabajos, en el núm. 3, el León de Nemea; en el núm. 4, la Hidra de Lerna, de muchísimas cabezas; la velocísima corza de la Arcadia en el núm. 5; las acometedoras antropófagas yeguas de Diómedes en el núm. 6; las feroces aves de Stimfalo en el núm. 1 de la pág. 268, y así continuara con los restantes de no haberse interpuesto entre mi propósito de copiar todas las inscripciones y símbolos un crudísimo temporal que hizome imposible permanecer en aquel solitario y despobladísimo paraje; pero, deseando proseguir mi trabajo, prométome volver pronto á Peñalba, y dar cuenta á la Academia de cuanto allí quedó por copiar y describir.

Quédame ya una sola indicación por hacer de las que me inclinan á interpretar por hercúleas muchas de las representaciones, y es que considerándose á Heracles como un hombre agigantado, y habiéndole acompañado en los célebres trabajos su sobrino Iolaos, sin faltar al de los toros de Gerión, páreceme indicarlo el que son varios los asuntos en que aparecen dos hombres, uno el colosal Hércules, y otro, el de talla común, su sobrino é inseparable compañero Iolaos.

De vuelta á Micenas, lleva Rufo Festo Avieno á Hércules por la costa adelante de Iberia, y así otros le conducen hasta dar en los brazos de Galatea, para crear la raza Gala, como antes, enamorado de la ninfa Pirene, dejóla dando nombre á la frontera de España.

Entre todas estas referencias ó atribuciones á Hércules, es evidente que la más caracterizada es la figura núm. 13 que tengo por Gerión, pues representa á un ser humano con dos cabezas sobre alargados cuellos y un círculo junto al hombro derecho y que pudiera dar idea de la tercera cabeza mal colocada ó por la gran dificultad de acoplarla tan primitivísimo grabador y aun con la indicación bastaba á aquellos casi estilizadores de la naturaleza, pues tampoco á los detalles daban gran atención ni aun los célebres artistas arcaicos griegos, que así al mismo Hércules en la figuración de un mismo trabajo, varias veces le representan imberbe y otras barbudo, unas cubierto con la piel del león de Nemea, y otras en completa desnudez, y les es igual

presentarle combatiendo con la aplastadora clava que con la acertada ponzoñosa saeta; y así á Gerión le figuran con un solo cuerpo y tres cabezas en la pintura de un vaso y en un grupo del Vaticano, como con tres cuerpos distintos en la más que todas historiada copa Gerionana que reproduce Gebhardt en su Mitología de Grecia y Roma, y casi con parecidos detalles figúrase en la interesantísima ánfora del Museo del Louvre, en la que el celebérrimo Exequias, uno de los que condujeron el decorado en negro á su mayor apogeo en Grecia, y con su riguroso dibujo y seco arcaísmo representa á Heraclés matando al triple Gerión; vaso admirable, que firma tan célebre artista, dedicándosele al elegante Stesias.

Tengo, pues, por representación de Gerión á la figura de múltiples cabezas, y á ello me inducen varias reflexiones; que el país de los turboletas en su límite con los saguntinos era de riquísimos como abundantes pastos y numerosísimas ganaderías es bien sabido, pues que tales circunstancias traían á unos con otros en guerra, y sirvió de mísero y artero pretexto para que Aníbal, rompiendo todos los tratados, y despreciando á todos los embajadores, y atropellando á todos los enemigos, y despreciando al Senado de Roma, é imponiéndose sobre el de Cartago, llegase á lanzar sus 150.000 abigarrados guerreros sobre Sagunto, para que esta heroica ciudad también llegase á la sublimidad épica, cuyo fogoso patriotismo se encendiese de nuevo en Numancia y Astapa, para gloria inmensa é incomparable de la Iberia.

Luego en el turboleta territorio había grandes toradas, y el espíritu primitivo había de darles algún alcance mitológico y nada más apropiado y natural que la invocación á Gerión, el pastor de los colosales toros. Además, allí está Concud, en cuyo término se encuentran más fósiles que en ningún otro punto de España, y si hoy tan fácilmente allí se hallan restos de aquellos enormes Dinoterios, Mastodontes, Elefantes, Jirafas é Hipariones, y tantos otros animales de la época terciaria, casi cubrirían el suelo en la cartaginesa y los turboletas les tuviesen por los progenitores de sus grandes toros, los de las vacadas divinizadas de Gerión, que más fácil creyeran eso las gentes de hace veinti-

dós siglos, cuando el sabio P. Torrubia en el XVIII de la era cristiana clasificó tales fósiles como de jigantes humanos.

En la detallada descripción escrita y gráfica del monte Peñalba, he presentado cómo en punto más avanzado y visible se destaca la rara excepción de una rudísima cabeza humana tallada bárbaramente en relieve, y el cuerpo varonil resulta solamente grabado: de manera que tal excepción de primigenia escultura es evidente que personifica la Divinidad del monte, que en país tan guerrero y en punto de tales batallas, de no ser Marte, bien pudiera ser Hércules. Pero éste les era un Dios, como para los griegos, según muestra M. Guigniaut, en un célebre vaso en que se le representa con Apolo, Minerva y Diana; Dios también de la mayor veneración ibero-fenicia, y fundador de la más grandiosa ciudad del país, lo que facilita se le prefiriese. No debo olvidar que entre los grabados del monte ocupan visible lugar dos columnas, símbolo excepcional en las figuraciones rupestres, y bien pudieran aludir á las levantadas por el héroe, cuando, separando las montañas, deshermanó la Europa del Africa, lanzando á eterno abrazo el Océano y el Mediterráneo.

Pudo, pues, el monte dedicarse á Hércules, y conmemorarse á su víctima Gerión como al mejor y regio pastor, del que proviniesen las ganaderías del país. Y de recordar es el grabado que representa á un perro de dos cabezas, y en las mitologías no hay otro alguno bi-céfalo sino Ortros, el can de Gerión; y que á éste represente también el ídolo de dos cabezas me inclino por las razones dichas, aunque en las mitologías arcaicas se figurasen á Hécate con tres caras, como la famosa estatua atribuida á Alcameno, á pesar de que en otra de Myron no tuviese sino una sola cabeza; pero Hécate era Diosa de la Magia, y no resultaría oportuna en Peñalba; ni menos la horrible triple Quimera de Licia, á la que vence con su Pegaso el desgraciado curioseador del Olimpo, Bellerofonte; tampoco el Cerbero, y no olvidemos que en Peñalba se trata de dos cabezas, no de dos caras, como tan constantemente se representa á Jano, y á Baco y Ariadna en el célebre sarcófago del Museo Pío Clementino. Y pasando á la mitología fenicia, alguna vez, cual en

el Museo de Cagliari, se da representación á la triada de Baal, Melkart y Astarté en un horrible ídolo de bronce con tres cabezas hallado en Cerdeña, como la Trimortí de la India.

Llegan las tradiciones de Gerión hasta la Edad Media; así en la *Estoria de Espanna* se describe, pero con siete cabezas, aludiendo, según Costa, á las siete provincias en que estaban divididos sus Estados entre Tajó y Duero; figuraciones capitales por cabezas de que se llegó á abusar en la India; así á Cartikeya, Dios de la guerra, hijo del Dios Siva destructor y regenerador, se le presentaba con seis, y á Brahma con cuatro caras, extremándose, hasta representar en alguna pagoda á Vasudjí con mil cabezas.

Por si pareciere extraño que en un mismo monte se venerasen juntos á Hércules vencedor y á Gerión, su víctima, debemos recordar que en Sicilia, dice Diodoro Sículo que Hércules mismo dedicó un monte á Gerión en Agirium, que aun en su tiempo le veneraban.

La leyenda de Gerión estuvo muy extendida por toda España, que todos los escritores antiguos le quieren llevar á la Historia con el nombre de Rey. Así lo creyeron las primitivas edades tan simbólicas que hermanaban continuamente lo humano con lo divino, transformando la Mitología en Historia. El sabio D. Joaquín Costa, en su notabilísima Mitología y Literatura Celto-Hispanas, se inclina á creer que Gerión represente á la luna en sus tres fases, y esta opinión sírveme para unirla con otra segunda hipótesis que temerosamente ofrezco al estudio de los sabios, referente al mismo monte Peñalba.

Ya vimos que éste se eleva en país sumamente agreste, y con la prueba de los fósiles de Concud, ha de reconocérsele como pobladísimo de la más desarrollada y variadísima caza, y como ésta fué riqueza incomparable en los antiguos tiempos, no se daría en aventurado al inducir que tal monte se dedicase á la Diosa cazadora Diana. Partiendo siempre de la preponderancia que por su riqueza y cultura superior, tan elogiada por Plinio, Marcial y Juvenal, ejerciese Sagunto en aquel país, y recordando que en tal ciudad existió en la época iniciadora de la segun-

da guerra púnica, un gran templo dedicado á Diana, único que permanece en pie después de la épica propia destrucción y asaltadora devastación de Aníbal, y que entonces dedicado á Artemis estaba junto al muro ciclópeo, detalle que parece asociarle á la mayor antigüedad, pues que los iberos adoraban á la Luna que se personificó tanto en Eaco como Astarté y después en Diana, y que por tal atribución á ésta se le diese el apelativo de virgen triforme, y pues que siempre se la figuró rodeada de animales cinegéticos, y con preferencia de ciervos y de sus lebreles, como se ve en las monedas antiguas.

Y que las montañas fueron sus primitivos templos, así en su arcaico himno Calímaco nos lo dice, pues nos presenta á Diana sentada sobre las rodillas de su padre Júpiter, suplicándole la ceda las montañas, pues que á las ciudades no irá sino á ayudar á las mujeres en sus partos, y además le pide, entre todo lo necesario para la caza, el que la deje ir con una túnica que no la cubra más bajo de las rodillas, para mejor correr, y que la conceda por su atributo distintivo las antorchas. Todo esto concuerda con las figuraciones grabadas en el monte Peñalba; el ídolo de dos ó más bien tres cabezas, cada una mirando á opuesto lado como los cuartos creciente y menguante, y de las orejas suben unas rayas encurvadas, como cuernos que aludieran á los de la luna y la faz de ésta cuando llena tal vez quisiera representarse en el círculo que se halla en el sitio del hombro y como mirándola la cabeza que semejase al creciente, que es la marcha lunar, así el tal ídolo puede ser la Eaco ibérica, la Artemis griega, la Astarté púnica, la Diana romana, con sus tres fases, las de la luna; y con su típica túnica corta que pedía la hija de Júpiter; por todas partes se ven animales cinegéticos, predominando los ciervos y corzas que eran los compañeros de Diana, rudísimos esbozos de las maravillas griegas que idealizan á la seductora del desgraciadísimo Acteón, desde los museos de Nápoles á los de Madrid, y desde los cuadros del Dominiquino, Ticiano y Albano á Lesueur; en las rocas de Peñalba están los perros: allí los arcos y las flechas que la construyeron los cíclopes, las antorchas, las figuras radiadas que semejan el cortejo del astro de la noche;

otras geométricas con entrecruzados interiores que dan la idea de redes y de trampas para la caza, si es que no recuerdan los múltiples sellos estampados en la arcilla por los glípticos geómetras de las primitivas épocas, que usaron casi idénticos simbolismos en Creta, de donde, varios de sus felices y sabios exploradores, sostienen que se irradiaron la civilización y el arte europeos.

De recuerdo en recuerdo damos en el de haber existido en Sagunto un colegio de sacerdotes salios, coetáneo á las inscripciones de Peñalba, es decir, del tiempo de la República romana, quedando de ellos memorias epigráficas, que inserta Hübner en su gran tomo del *Corpus inscriptionum latinarum*, como la de Baebio Crispo, pontífice salio; la de Voconio Plácido y la de Varvio Cerealis, maestros salios: sacerdotes de Marte, como Dios de la luz, que siendo la de la noche Diana, la extendiesen sus ofrendas, y á Hércules los sacerdotes salios, con las sienas ceñidas por guirnaldas de álamos, celebraban fiestas en el monte con un altar de piedra, rito fundado por Poticio y la familia Pinnaria, según Virgilio en la *Eneida*. Los himnos de los salios les remontaban á tal antigüedad, que se los atribuían á Numa, y como en tiempo de Horacio los mismos sacerdotes salios no entendían lo que cantaban, ni escribían, pues eran rutinarios inconscientes de la tradición, por esta, tal vez grabasen sobre las rocas de Peñalba las pocas inscripciones que indudablemente lo son, pero en caracteres desconocidos: recuerdo salio que me ayuda á explicar sean indescifrables, como que el monte de Peñalba fuese un luco sagrado: salios influídos por las escrituras ibérica, fenicia, griega y latina arcaica que aumentase lo borroso de su propia lengua atrayéndoles á mayor misterio y confusión.

Esta mezcla de caracteres no sólo era frecuente en tal época, sino en el país, que por eso hasta en el inmediato pueblo turboteta romano de Rubielos de Mora se halla en la iglesia de las monjas una inscripción latina con dos letras griegas que detalla Cortés (Hübner 3.174).

No debo dejar sin consignación que en todas esas rocas de

Peñalba son muchísimas las cazoletas ó signos cupuliformes que se hallan ya salpicando el enorme peñón, ya reunidas en grupos informes y de tamaños diferentes, pero al ser, hablando en general, considerados como figuraciones siderales, no perjudicaría, sino que daría robustez á mi hipótesis.

Las que forman intersecciones en dibujos geométricos, tal vez no hacen sino acentuar el ornamento; y en cuanto á las que figuran cruces, no me negaré á creerlas muy posteriores, y correspondiendo á las cruces grabadas, y aun esculpidas, y hasta escultradas que la vivísima fe religiosa de la Edad Media, queriendo desairragar de los pueblos las gentílicas creencias que les dejaron primitivas tradiciones de adorar montes, peñas, árboles, dólmenes y menhires, añadieron á las censuras de los Concilios, y á las excomuniones del Clero, el imponer sobre esas representaciones paganas el consagrador emblema de la Cruz.

Y cortando este inciso sobre las muchísimas cazoletas del monte, para no dejarlas sin recuerdo, he de volver á la intentada interpretación del todo de Peñalba.

Y para no dejar sin recuerdo cuantas indicaciones se me ocurren con ocasión del singularísimo ídolo de multiformes cabezas, por si éstas efectivamente se limitasen á dos, traigo á la memoria aquel gigantesco monstruo humano Moliones ó Molioidas, el hijo de Molión y de Actor que tenía dos cabezas y que era el guardador y defensor del magnífico rebaño de tres mil bueyes de su tío Augias, y entre ellos doce blancos consagrados á Helios, padre de Augias, rey de Elís, según la *Iliada*; logrando Hércules vencer á éste y á Moliones por sorpresa.

Este mito del robo de las vacas desde su origen índico hasta Gerión queda profunda é insuperablemente estudiado y entendido en la lección undécima de las admirables de Max Müller, que, traducidas al francés por Harris y Berrot, se intitulan *Nouvelles Leçons sur la Science du Langage*.

Pero, á la verdad, entre el laberinto de estas fantaseadas hipótesis sobre la interpretación teogónica, histórica y arqueológica del monte Peñalba, en Vallestar, me atrae á preferencia la que presento como consagrado á Hércules y Gerión por cuantos

indicios dejé explicados, y aun por descubrir muchos otros á los célebres toros ya en las mismas inscripciones, que lo más repetida es la palabra *touros*, *turros*, *turios*, aunque no olvido que el río Turia corre por bajo de tal monte; pero aun esto me apoya, pues el Turia mismo no quiere decir sino toro, ya que su nombre le toma de la capital de aquellas gentes la Turba ó Turbo-*lium*, ciudad del Toro, que lo atestigua con sus monedas ibéricas, reproducidas por Cortés, y aun sin conceder cabal crédito á tan docto autor, en este detalle, que la da por acuñada en Turba-Teruel; pero tampoco asintiendo con Zobel, que la fija en Sagunto, al fin para mi hipótesis es casi lo mismo, porque esa moneda del toro embistiendo, el toro valiente, es del país, es de las gentes que remontaban el Turia, y que llegaban á Peñalba y aspiraban á la dominación de los turboletas, hasta que les privó de todo suelo, lanzándoles á la muerte, la avalancha de Aníbal; y pues que de las monedas he hablado, no debo dejar de insistir por ellas en la hipótesis que indiqué, pues vienen á asegurarla; de los miles de variantes en los accesorios de las monedas ibéricas los hay delfines como el más general: muchos jarros, cadenas, puntas de lanza, espigas, palmas, cetros, proas, timones, cerdos, husos, arados, lunas y estrellas; pero mazas, la maza de Hércules no se representa sino tan sólo cinco veces, tres en el distrito de Tarraco, fundación atribuída á Hércules, correspondiendo dos á la capital y la otra al no bien determinado Iesso ó Iespus, moneda únicamente encontrada por el sabio numismata Sr. Pujol; y las otras dos con mazas son casualmente las de Sagunto, que por corresponder al primer período monetario, según Zobel, concede la prioridad en tal acuñada figuración de Hércules, y como el reverso es único en el monedaje ibérico al representar un perro corriendo, ayuda también á mi suposición.

Quédame por señalar otra moneda con accesorio de la maza, pero no la hallo sino en Heiss, atribuyéndola á Iluro, y Zobel la asegura como de territorio saguntino.

Tal vez se me tacharía de querer extremar las suposiciones si me detuviese ante la observación de que entre todas las monedas de Sagunto y las que da Heiss por de ¿Arse? Que de Sa-

gunto son, no se halla como accesorio, bien entendido, como accesorio un delfín, sino en las del toro embistiendo y al anverso cabeza varonil con láurea y la clava al hombro, como esas y la del perro indicada anteriormente, difieren, no extrañaría que fuese acuñada por los de Sagunto con dedicación al país del monte Peñalba y que el delfín represente el Turia, pues de asombrar es que en el sabio y notabilísimo mapa numismático de la Citerior, trazado por Zobel, haya todo un gran territorio, como el de la provincia de Teruel, y siendo tan importantísimo histórico, sin una sola Zeca autónoma, y en cambio hay no pocas monedas ibéricas que no se les ha hallado situación y por su arte, sus símbolos y sus metales corresponden á este último extremo de la Celtiberia; y volviendo á insistir en que si Turba-Teruel es la ciudad del toro: Turia el río del toro, todo aquel país de los turboletas fué, es decir, las gentes de los toros; muchas coincidencias son las que apunto para que hayan nacido sin equivalencia; y, para terminar, indicaré ligeramente otra de grandísima singularidad, sobre la que pienso escribir estudio aparte, y es que la sierra que nace en los peñascos arqueológicos y epigráficos de Peñalba, en Vallestar, va á terminarse en las inmediaciones de Albarracín, y justamente en el final he descubierto un peñón en el que se hallan pintados en blanco, con efecto muy realista y verdadero arte muchos toros, y en medio de ellos un ídolo varonil, que bien pudiese corresponder á la vacada mitológica de Gerión, ó á los doce toros blancos del rey Augías, que antes citamos, ó mejor inducir á estos mitos si tan admirable pintura correspondiese con la de Cogul y con las también descubiertas por mí en Calapatá, pues sabio de tan decisiva autoridad en estos estudios, cual Mr. l'Abbé Breuil, les concede singularísima importancia y valer, remontándolas á la época paleolítica.

Pudieron, pues, estos admirables toros con su pastor de los tiempos más primitivos en el país turboleta darle nombre, así como á su capital y al río, y después de centenares de siglos, atraer á la imaginación de aquellas gentes, ante el impresionante espectáculo de los toros pintados, la leyenda de Hércules y Ge-

rión, á los que dedicados aquel territorio y la sierra desde Albarracín á Vallestár, acudiesen á este extremo del monte, ya los mismos turboletas de Apiano, ya los saguntinos de Tito Livio, á repetir imágenes simbólicas, rudísimas como ellos, y leyendas en revueltos caracteres, tan común en una población compuesta de iberos, fenicios, griegos y latinos.

Larga digresión ha resultado todo lo que dejo escrito sobre estas hipótesis; pero tratándose de una extraordinaria singularidad, como es descubrir y presentar todo un monte con un bancal de caliza que se extiende á tres kilómetros, y ese inmenso desarrollo se vea cubierto materialmente por centenares de inscripciones tan sumamente arcaicas como variadas, y que casi á mil sumen los simbolismos, todo ello grabado en la roca; y pues que nadie jamás ni en libros, ni en tradiciones habló de tan suma rareza epigráfica y arqueológica hasta que yo la descubrí, páreceme obligatorio ofrecer este Informe á la Real Academia de la Historia dando la noticia al público y someterla al estudio y definición de los sabios, y como para esto tenía que publicar fotografías y dibujos que atestiguaran cuanto digo y mucho de lo que en Peñalba existe, y era indispensable acompañarlo con descripción escrita ya del país, ya del monte, ya de los detalles y del conjunto arqueológico, he cumplido con un deber, que me pareciera obligatorio, exponiendo algunas hipótesis, que aun si no resultasen autorizadas por la ciencia, servirán al menos para que la figura grandiosa é interesantísima del monte de Vallestár, al presentarla al público, no quede en el aire y como sin pie; sirvan mis ratiocinios siquiera de cuñas toscas ó de calces informes que sostengan en equilibrio la imagen de Peñalba, en tanto los sabios le labren espléndido pedestal de sacaroideos mármoles y deslumbrantes bronces, como dulces son los éxitos de los doctos y fulgurantes los brillos de la ciencia.

Madrid, 4 Marzo 1910.

JUAN CABRÉ AGUILÓ,
Correspondiente.
